

Yugoeslavia

Representación política y autogestión

Oscar Waiss

En los países subdesarrollados, en general, y en los de América Latina, en particular, los trabajadores sienten una visible desconfianza por los modelos democráticos que se les proponen. Este sentimiento no refleja una tendencia de comprensión hacia las dictaduras militares terroristas sino que corresponde a la experiencia obtenida durante los períodos en que han tenido vigencia gobiernos democráticos parlamentarios, ya sea convencionales, ya populistas.

En los países subdesarrollados, con mayor claridad aún que en las democracias occidentales, los mandantes han carecido de todo control sobre los mandatarios y estos, una vez elegidos a través del sufragio universal, pierden el contacto con sus bases y suelen ponerse al servicio de políticas extrañas a la voluntad de las mayorías nacionales. Así se produce la alienación que separa las élites políticas del conjunto de la sociedad y la representación política en la sociedad burguesa pasa a ser una ficción que apenas oculta la violenta dominación de clase.

Los trabajadores no aceptan los modelos totalitarios en que unos pocos toman las decisiones y las aplican sin considerar la voluntad de las mayorías. Esto es válido tanto para las dictaduras militares terroristas que han asolado gran parte del territorio latinoamericano como para los modelos supuestamente revolucionarios en que el partido único, o sea una burocracia tecnócrata, sustituye a la clase obrera y al resto del pueblo. Pero tampoco entregan su adhesión irrestricta a regímenes democráticos formales que les niegan una directa participación en la toma de resoluciones y en la gestión de los asuntos sociales. La clave para comprender este fenómeno está en la decisión "participativa" de los trabajadores y en su anhelo de encontrar fórmulas de representación política adecuadas.

Dos razones principales alientan esta búsqueda y dinamizan la discusión pertinente. Una es el convencimiento de muchos marxistas revolucionarios sobre la posibilidad de construir el socialismo sin avasallar las libertades y la dignidad humana. La otra es la resonancia alcanzada en el mundo por la experiencia autogestionaria yugoslava.

El problema es de importancia vital para los pueblos del subcontinente latinoamericano que se han visto tantas veces engañados por las avalanchas populistas sin haber encontrado en ellas la respuesta que perseguían. Aunque algunos de esos movimientos se propusieron inicialmente ampliar la democracia tradicional terminaron por capitular ante el peso de estructuras capitalistas y no tuvieron la decisión concreta de sustituirlas. Ni Getulio Vargas en 1954, ni Juan Domingo Perón en 1955, ni Joao Goulart en 1963 quisieron o pudieron armar a los sindicatos y derrotar a la reacción.

Incluso el gobierno popular de Salvador Allende en Chile incurrió en el trágico error de entregarle el control de las armas a unas fuerzas armadas instruidas por el imperialismo y al servicio indisimulado de los sectores más conservadores de la sociedad chilena y de los grandes consorcios monopolíticos transnacionales.

Para comprender, entonces, la importancia de la alternativa autogestionaria debemos considerar al trabajador, no sólo como productor, sino que también como gestor, lo que implica el rechazo de la acción desintegradora del capitalismo como sistema. El trabajador lucha por asumir un papel activo en el desenvolvimiento de la sociedad y partiendo de sus unidades básicas, el trabajo asociado, trata de incorporarse a las decisiones en que se resuelve el destino nacional. En esa forma las élites políticas características de las democracias parlamentarias o los líderes carismáticos que surgen en los movimientos populistas pierden

ese dominio absoluto que frena las aspiraciones revolucionarias y resiste los cambios estructurales empujados por el viento de la historia. Si la clase política latinoamericana y los voceros directos o indirectos de los intereses de la burguesía rechazan la experiencia autogestionaria —o procuran reducirla a una falsificación inoperante— es, precisamente, porque ella representa una aplicación consecuente de la teoría marxista y porque sus raíces se encuentran en los sucesos de la Comuna de París enfocados tan exactamente por Carlos Marx.

Participación real

Aún a riesgo de parecer reiterativo quiero señalar que la verdadera democracia radica en la participación real de las mayorías tanto en la adopción de las resoluciones como en la aplicación de ellas; Lenin achacaba a la democracia parlamentaria burguesa

haber trasladado el centro de gravedad "a la proclamación solemne y pomposa de libertades y derechos de toda índole sin permitir en realidad a la mayoría de la población servirse de ellos lo suficiente".

El tiempo ha venido a comprobar que los intentos de Lenin para convertir a los soviets en "la organización directa de las masas explotadas que en todas las formas posibles facilite a esas masas que ellas mismas ordenen el Estado y lo gestionen" se esfumaron atrapados por la maraña de una burocracia impenetrable. Él mismo lo comprendió en sus últimos meses de vida y señaló los peligros de la dominación del Estado que termina por ahogar las iniciativas de las masas populares. Resulta, entonces, impropio echarle la culpa a Lenin de un ordenamiento institucional impuesto en el período posterior a su muerte.

La gran polémica actual sobre la extensión de la democracia y el papel jugado por la tecnoburocracia en los países donde impera el "socialismo real" refleja una seria tentativa de rejuvenecer la ideología y adaptar la exégesis marxista a la realidad concreta del mundo de hoy. Ahí está la raíz de las corrientes eurocomunistas, de los reajustes políticos de la Internacional Socialista, de la impetuosa crítica que se extiende por la entraña del campo socialista y de la experiencia autogestionaria surgida, inicialmente, en Yugoslavia, proseguida ahora en otros países socialistas.

Son muchos los que se sienten tentados por un demonio dogmático a calificar de "revisionismo" toda argumentación nueva tendiente a reivindicar la participación de las masas en la elaboración de los lineamientos generales; olvidan que el marxismo es, por esencia, una teoría creada para interpretar la vida, o sea la sociedad en movimiento, y que por lo tanto no puede asentarse en bases inmóviles o inmutables.

Democracia moderna

El problema central de nuestros días para el marxismo revolucionario es el de reconciliar la marcha hacia el socialismo con la plena libertad de pensamiento y el pluralismo de las opciones ofrecidas. Los representantes políticos no pueden continuar "usurpando" la voluntad de las mayorías y reduciendo las urgencias sociales a interpretaciones administrativas. Esta premisa es válida tanto para el proceso social que se evidencia en los países capitalistas —sea cual sea su grado de desarrollo— como para la realidad que se constata en aquellos países donde ha sido abolida la propiedad privada sin una debida correspondencia en el plano político y social.

Pasó ya la época en que las consultas electorales eran necesariamente un simple escamoteo de la voluntad popular. En un trabajo anterior expresé concretamente:

"El mundo de hoy no es el coto de caza de los imperialistas, sino el escenario de una lucha titánica entre dos sistemas económico-sociales antagónicos. La correlación de fuerzas en el plano mundial se ha modificado y esa situación se refleja invariablemente en la lucha de clases de cada país capitalista. Hoy resulta posible, y hasta probable, que las fuerzas políticas obreras y populares se impongan en una elección democrático-burguesa y planteen condiciones determinantes de cambios estructurales háscicos. De hecho, este fué el caso de Chile entre los años 1970 y 1973 y podría ser el de Francia, de Italia o de otros países."¹

Gramsci lo alcanzó a ver con claridad. Subrayó que es fundamental la cuestión de las relaciones entre los que gobiernan y los que son gobernados y polemizando con Mosca, Michels y Paréto les reprochó su incapacidad para dar una explicación profunda de la causa histórica que conduce a la

representación "directa" y su similar incapacidad para ofrecer una posibilidad diferente a la de sofocar en esencia toda democracia, incluso la democracia formal. Para el comunista italiano se requería transformar la gestión política en una gestión "controlada" e integral en la que de día en día se renueva la relación funcional, técnica y temporal entre los mandatarios y los mandantes.

Caemos, pues, de lleno en el enfoque de las características que la representación política adquiere en una democracia moderna, la forma adoptada en la sociedad autogestionaria yugoslava y su proyección para el desenvolvimiento del proceso social latinoamericano y chileno.

Autogestión o burocracia

El sistema autogestionario yugoslavo no apareció por casualidad sino que es el resultado de la actividad consciente de la clase obrera formulada en una doctrina coherente. Su objetivo inicial fue devolver a las masas el dominio en el manejo de la economía socialista y el control de las relaciones sociales. Lo expresó muy directamente el gran teórico ya fallecido Veljko Vlahović al señalar: "Entre nosotros el dilema revolucionario esencial es el siguiente: o se está con la autogestión, o se está con el burocratismo, el estatismo y el centralismo."²

Sus raíces se encuentran en la Comuna de París en la que Marx vió una tentativa de "conquistar la democracia" entendida como un sistema concreto de representación de las mayorías. Lenin, al regresar de su exilio retomó la posición adoptada por Marx en 1871 y planteó la idea de que los soviets debían evolucionar de órganos de control a órganos de poder. Ya

¹ "La autogestión como proposición alternativa"; *Nueva Sociedad* núm. 56-57, San José, septiembre-diciembre 1981.

² "La conciencia y la vida real"; Belgrado, 1976.

COMUNISTAS MALOS

"Santiago de Chile, 28 de febrero (AP, EFE, DPA). El diario *El Mercurio* atribuye hoy a la 'influencia del comunismo en Francia, y a la inevitable 'sumisión de los socialistas' la suspensión de la entrega de 29 tanques franceses adquiridos por Chile, dispuesta por el Ministerio de Defensa francés hace tres días."

Unomásuno, México DF, 1º de marzo de 1982.

en esa época se esbozó la disparidad entre los planteamientos teóricos y los aspectos orgánicos; Rosa Luxemburgo censuró la desmesurada intervención de la élite partidaria y un viejo bolchevique como el dirigente sindical Lozovski creyó necesario mostrar sus aprensiones: "Yo no puedo, dijo, disimular el oscuro descontento de las masas que luchan por el poder de los soviets y, mientras tanto, descubren que esto es un puro poder bolchevique."

La autogestión fue concebida por Tito, Kardelj, Vlahović y otros teóricos yugoslavos como una armonización entre la dictadura de clase y el ejercicio real de la democracia por el pueblo. Es falsa la idea generalizada de que el sistema se creó como una respuesta de la Liga de los Comunistas Yugoslavos a la intrusión descarada de Stalin en los problemas internos del país; por el contrario, la hostilidad de Stalin se produjo con motivo de la orientación antiburocrática y autogestionaria de los comunistas yugoslavos. Estos no trataron de retroceder hacia las formas tradicionales de la democracia parlamentaria sino de avanzar hasta la adopción de un nuevo sistema democrático más amplio, más representativo y más directo según la intención original de los comuneros franceses y los soviets rusos. Fueron, tal vez, los que primero comprendieron que no puede haber socialismo sin democracia.

Mandantes y mandatarios

Los delegados de base son los representantes del sector de trabajo asociado al que pertenecen; al ser elegidos, continúan trabajando en su sitio inicial y no pierden, en consecuencia, el contacto con los trabajadores cuya representación asumen; aunque son designados por un plazo determinado, son esencialmente removibles si pierden la confianza de sus mandantes; se les designa por voto secreto en elecciones donde, por lo menos, debe haber dos candidatos. En escalones más elevados las designaciones son temporales y rotativas, de manera que ningún dirigente llegue a convertirse en el árbitro de sus pares. La tendencia general es mantener una sociedad autogestionaria sin que el poder sea absorbido por "políticos profesionales"; los comunistas yugoslavos han decidido conscientemente abrir un proceso en el cual sea normal el reemplazo de los hombres.

El adiós a Tito

Ximena Ortúzar

Todos los paraguas de Belgrado se abrieron el 5 de mayo de 1980. Bajo una lluvia torrencial, la población de la ciudad desfilaba en compactas columnas hacia la Asamblea Federal donde llegarían por la tarde los restos del mariscal Josip Broz.

Su muerte, ocurrida en la víspera en Liubliana, paralizó por algunas horas al pueblo que pronto se organizó para decir adiós a Tito, nombre con el cual se le conocía dentro y fuera del país desde los tiempos de la lucha antifascista en que él, dirigente ya del Partido Comunista de Yugoslavia, distribuía tareas con las palabras "ti, to", que significan "tú, esto".

La muerte de Tito, tras cuatro meses de agonía, era para los yugoslavos algo así como la orfandad. "Tito es el padre de Yugoslavia" era una frase habitual en los días previos a su deceso. Todo en el país estaba ligado a su nombre. Se hablaba del ejército de Tito, de los pioneros de Tito, del partido de Tito y, sobre todo, del socialismo de Tito.

En Belgrado, durante tres días y tres noches, cientos de miles de personas desfilaron por el salón principal de la Asamblea, frente al féretro en cuyos costados se exhibían las numerosas medallas que Tito ganó a lo largo de su vida: la modesta obrera y el militar, el estudiante y el campesino, el diplomático y el líder sindical.

El 8 de mayo, día de los funerales, la ceremonia comenzó a las 10:30 de la mañana, en la Asamblea, donde por última vez los pioneros, los jóvenes comunistas y los dirigentes del partido montaron guardia de honor.

Una delegación juvenil, integrada por un representante de cada una de las seis repúblicas y las dos provincias autónomas depositaba ante el ataúd la estafeta número 36, antorcha que cada año, desde 1944, recorría el país en manos de relevos para ser entregada a Tito el 25 de mayo, día de su cumpleaños.

El cortejo partió después hacia la casa del mandatario, donde sería sepultado según su propia petición. A lo largo del recorrido de varios kilómetros, el catafalco fue escoltado por veteranos de guerra, militantes comunistas, soldados y juventud, en medio

del silencio de los habitantes de Belgrado que atestaron las avenidas para arrojar flores a su paso.

En los jardines de la casa de Tito, la tribuna erigida para las delegaciones oficiales reunía a jefes de Estado y de gobierno, monarcas, cancilleres, diplomáticos y líderes políticos de 127 países del mundo, en el encuentro de su tipo más numeroso de la historia.

Allí, la ceremonia final se inició con las palabras de despedida pronunciadas por Lazar Kolisevski, presidente del órgano colegiado de Presidencia de la República Federativa de Yugoslavia. Luego, el coro de la Fuerza Aérea interpretó el himno de la Internacional Comunista. A las 3:15, tres salvas de artillería, las sirenas de todas las usinas y todos los barcos del país se hicieron escuchar y los aviones de guerra sobrevolaron la casa de Tito, al momento que su ataúd era colocado dentro de la sobria tumba de mármol construida dentro del invernadero sembrado de rosas donde él pasaba largas horas de estudio, ahora su casa para siempre.

Fue obrero, activista, preso político, soldado, organizador de la insurrección popular, prisionero y héroe de guerra, militante y dirigente comunista, luchador antifascista, ideólogo y gestor del tipo de socialismo que quiso para su patria; fundador y presidente del Movimiento de Países No Alineados, comandante en jefe de las Fuerzas Armadas, presidente de la República y de la Liga de los Comunistas Yugoslavos "sin límite de mandato", definición que él mismo contrapuso a la de "vitalicio", puntualizando: "Estaré al frente del partido y del país sólo mientras mis facultades mentales y físicas me lo permitan."

El límite de su mandato fue su muerte. El 4 de mayo de 1980 Tito perdió su primera batalla. Con él moría el último de los grandes de la segunda guerra mundial.

Le sobreviven su viuda Jovanka, sus hijos Zharko y Misha y una Yugoslavia unificada, autogestionaria y socialista con 28 millones de hijos de Tito que juraron al despedirlo mantener encendida su antorcha. ❧

Conviene precisar que la autogestión sólo puede aplicarse en su integridad cuando el régimen económico se basa en la propiedad social, es decir cuando los medios de producción pertenecen a todos los que trabajan. La autogestión propuesta en el contexto capitalista como se ha intentado en Francia no modifica las condiciones del sistema imperante y las relaciones de propiedad correspondientes llegando a asumir, como máximo, formas de cooperativismo clásico que siempre caen en los viejos moldes tradicionales de la propiedad burguesa. De ahí que sea en el ámbito del llamado "socialismo real" donde existe mayor repercusión

dignidad humana. Tanto los conflictos que estallan en las naciones socialistas como las reticencias que afloran en el movimiento obrero mundial tienen su causa en la imposibilidad de las mayorías para intervenir en forma directa y expedita evitando ser reemplazadas por una casta tecnoburocrática que usurpa el poder de la clase obrera y del pueblo.

Para los partidos y movimientos revolucionarios de América Latina la opción autogestionaria constituye una alternativa que merece ser cuidadosamente analizada. Si bien es cierto que se trata de una experiencia europea, también lo es que surgió en una zona

esto, el medio más antidemocrático y brutal de la lucha política."³

La profunda crisis del mundo capitalista y las contradicciones que afloran visiblemente en los países socialistas deben impulsarnos a buscar caminos en que se concilie la necesidad de cambios en el sistema de la propiedad y en el reparto de los beneficios, manteniéndose o encontrándose los medios para permitir la participación amplia y democrática de las mayorías nacionales en la conducción de los asuntos colectivos. No tratamos de presentar la experiencia yugoslava como una panacea universal sino como una alternativa que merece ser cuida-



y receptividad para la idea central autogestionaria pues los trabajadores no se resignan a ser "objeto" de la historia, sino que presionan para convertirse en "sujetos" de un desenvolvimiento socialista armonioso en el que se conjuguen los requerimientos de la economía con la intervención activa del hombre.

Autogestión y revolución

Tanto en los países capitalistas —desarrollados o menos desarrollados— como en los países donde se aplica el "socialismo real" constituye un problema central para los combates populares conciliar el control de la economía con la libertad de crítica. Corresponde a la esencia del movimiento socialista mundial la búsqueda de una convivencia democrática en que predomine el respeto por la

muy atrasada cuyas condiciones guardan cierta semejanza con la realidad de nuestro subcontinente. No es perentorio que para las urgencias que nos plantea mañana la historia sólo dispongamos del modelo totalitario stalinista. El modelo democrático de contenido autogestor facilita el entronque con las raíces nacionales de nuestra insurgencia en cuanto libera a los individuos de la camisa de fuerza del dogmatismo y los incita a descubrir por sí mismos las causas del atraso y los remedios aplicables. A la rudeza de los métodos totalitarios conviene oponer el incentivo pluralista, la polémica franca, la discusión honesta. Lo ha expresado muy bien Iván Lovrić cuando dijo:

"Como se sabe, la violencia fue siempre eficaz como método de gestión y poder, pero también, por

dosamente estudiada. Cada país, cada pueblo, cada partido tiene la obligación de buscar y encontrar su camino. Las experiencias ajenas sirven de aporte y nada más. El gran pecado de las tendencias stalinistas y neostalinistas es el de tratar de imponer sus esquemas convertidos en un moderno lecho de Procusto: si al cuerpo nacional le sobra algo, pues se le recorta y si, por pura mala suerte le falta la dimensión necesaria, entonces se le estira despiadadamente. En la revolución, generalmente, proliferan los aprendices de brujos y las fórmulas mágicas pero escasean, en la misma proporción, aquellos que son capaces de mirar la realidad cara a cara.

A la revolución no se llega imitando, sino viviendo. (X)

³ "El sistema delegatorio en Yugoslavia"; Belgrado, 1977.

Marxismo y realidad de América Latina

José Aricó

La primera dificultad con que se enfrenta una tentativa de reconstrucción de las características distintivas del marxismo en América Latina reside en el propio campo geográfico presupuesto en el análisis. ¿Hasta qué punto las diversas formaciones sociales latinoamericanas constituyen un conjunto único posible de identificar con tal categoría?¹ La presencia en la historia de nuestros pueblos de una civilización, una lengua, una religión, un pasado comunes, ¿son suficientes para definir un complejo social único, con una identidad propia, de una fuerza tal como para que se imponga por sobre las profundas diferencias surgidas en más de un siglo y medio de vida independiente de los Estados nacionales que lo integran? ¿Puede sostenerse con razones valederas la presencia continental de una suerte de comunidad de destino (en el sentido baueriano) que unifique en un todo abarcable y definible una realidad indiscutiblemente diferenciada?

Una respuesta positiva a estas preguntas, que menosprecie sus niveles de problematicidad, conlleva el riesgo de conducir el análisis hacia el peligroso terreno de una tipologización de corte sociologista, que destruye o silencia el tejido "nacional" en el que las historias diferenciadas de las clases obreras y populares latinoamericanas se constituyeron como tales. Pero el camino alternativo, de enfatizar las singularidades históricas y sociológicas de cada uno de los países que conforman ese no siempre claramente definible mundo de naciones que es nuestro continente, no acierta a explicar las razones de la permanencia del problema, el por qué de la pertinaz reinteracción de la temática de la unidad latinoamericana.

De un modo u otro la existencia de un sentimiento latinoamericano en estado virtual o latente nos habla, sin duda, de algo más fuerte que un mero dato de la geografía o de la historia, y nos remite a un patrimonio de experiencias comunes instalado en el inconsciente colectivo. El hecho de que este sentimiento de pertenencia haya reconocido históricamente momentos de virtualidad y de latencia indica, sin embargo, que ese conjunto histórico-social ambiguo y polivalente sufre procesos de constitución y de desconstitución, momentos de vida intensamente colectiva y unitaria y momentos de desintegración y ofuscamiento del espíritu continentalista.

Categoría problemática

La problematicidad de la categoría *América Latina* encuentra así su fundamento y su explicación en su necesidad

José Aricó, argentino, editor de *Pasado y Presente*, asesor de Siglo XXI Eds., México, e investigador del Centro de Estudios Contemporáneos del Instituto de Ciencias de la Universidad Autónoma de Puebla, México. El texto es parte de su obra en preparación *La formación del socialismo latinoamericano*.

de dar cuenta de una realidad no preconstituida, sino en formación, cuya morfología concreta no puede ser concebida como la "mundanización" los intelectuales en cuanto suscitadores y organizadores de una problemática ideológica y cultural común; las luchas que entablaron las clases populares, con todo lo de ambiguo y diferenciado según las épocas históricas que tiene la expresión, por conquistar para cada uno de un *a priori*, sino como un producto histórico en prolongado proceso de constitución, mas que puede ser posible como tal por la presencia de un terreno histórico común que se remonta a una matriz contradictoria, pero única.

El carácter asumido por la colonización europea y luego por la guerra de independencia, la decisiva impronta que las estructuras coloniales dejaron en herencia a las repúblicas latinoamericanas sin que éstas pudieran aun hoy superar la del todo; el fenómeno común de la inclusión masiva en un mercado mundial que las colocó en una situación de dependencia económica y financiera de las economías capitalistas de los países centrales; el papel excepcional desempeñado en nuestros países por

de sus países y para todos en su conjunto un espacio "nacional" y "continental" propio, una real y efectiva independencia nacional, son todos elementos que contribuyen a *mostrar* la presencia de esta matriz única sobre la que se funda la posibilidad del concepto.

De todas maneras, y aún reconociendo la existencia de un filón latinoamericanista que en determinados momentos emergió con fuerte densidad histórica y con capacidad aglutinadora (la guerra de independencia, el proyecto bolivariano, el antimperialismo de fuerte tono anticapitalista de comienzos de siglo, el redescubrimiento de la unidad continental bajo la envoltura de la reforma universitaria de los años veinte, el viraje latinoamericanista co-

¹ Las variaciones históricas en la designación de las naciones surgidas de la desintegración del imperio español —y portugués— muestran la existencia de esa dificultad en el mismo vocabulario. De modo tal que podríamos ensayar una reconstrucción histórica de la constitución del objeto histórico "América Latina" estudiando simplemente la variación de sus designaciones. Véase en tal sentido la síntesis que ofrezco en el cap. VII de *Marx y América Latina*; Lima, Cedep, 1980, pp. 107-112.

mo producto de la fulgurante experiencia de la revolución cubana en los años sesenta), la imposibilidad de definir con nitidez la condición "latinoamericana" de nuestros pueblos remite a un problema más general, cuya dilucidación tuvo profundas implicaciones sobre la "difusión" del marxismo en un contexto histórico diferente de aquel en que se constituyó como doctrina, y sobre el carácter que adoptó en algunas tentativas de recomposición teórica y política.

Preámbulo necesario

Para decirlo en pocas palabras, el problema surgía por la ubicación *anómala* de nuestra región en ese mundo dividido y cada vez más diferenciado entre los países capitalistas modernos y aquellos otros definidos como coloniales y atrasados que, desde el advenimiento del imperialismo, en las últimas décadas del siglo pasado, se abre paso con una fuerza incontrastable. La condición ni periférica ni central del subcontinente; la autonomía de sus formas estatales y la ausencia de dominación política directa por parte de los países centrales conquistada por la mayoría de las naciones latinoamericanas ya desde la guerra de independencia; la existencia de fuertes movimientos nacionales y populares orientados a la conquista de un espacio "nacional" propio; el elevado grado de organización institucional, ideológica y política de las clases gobernantes en países que, como Chile, Argentina y Uruguay, por ejemplo, reproducían con bastante fidelidad procesos ya conocidos en Europa de construcción de ciertos Estados nacionales; el carácter netamente capitalista de la evolución económico-social, política y cultural de la mayoría de los países, indican la existencia de características distintivas que no permiten una identificación simplista con ese mundo asiático o africano que la Tercera Internacional clasificó genéricamente como "países coloniales y semicoloniales". Más bien admiten una aproximación a Europa, a esa Europa de "capitalismo periférico" que Gramsci ejemplificaba con los casos de Italia, España, Polonia y Portugal, y en los que la articulación entre sociedad y Estado estaba fuertemente signada por la presencia de un variadísimo espectro de clases intermedias "que quieren, y en cierta medida logran, llevar una política propia, con ideologías que a menudo influyen so-

bre vastos estratos del proletariado, pero que tienen una particular sugestión sobre las masas campesinas".²

Una diferenciación neta del mundo oriental y una búsqueda de identidad en la proximidad de Europa comporta, no obstante, un riesgo que el pensamiento social latinoamericano no ha logrado todavía hoy sortear con éxito, aunque la crisis de las formas teóricas de su resolución haya permitido alcanzar en el presente una aguda conciencia de la imposibilidad de resolver el problema en los términos en que históricamente se planteó. El riesgo está en que en la misma idea de "aproximación" subyace implícita la posibilidad de desplazar la comparación, del terreno hasta cierto punto exterior de una semejanza, hacia una relación más interna, más estructural, de identidad fundante de una evolución capaz de suturar en un futuro previsible los desniveles existentes. Al aproximarnos a Europa es lógico que acabáramos por pensar a nuestras sociedades como formando parte de una realidad destinada inexorablemente a devenir Europa. En tal caso, nuestra anomalía no requeriría de un sitio propio en la clasificación, puesto que sólo indicaría una atipicidad transitoria, una desviación de un esquema hipostatizado de capitalismo y de relaciones entre las clases adoptado como modelo "clásico". Pero, en la medida que un razonamiento analógico es por su propia naturaleza de carácter hipotético, o para decirlo de otro modo, contrafáctico, las interpretaciones basadas en la identidad de América con Europa, o más en general con Occidente,

2 Antonio Gramsci: "Un esame della situazione italiana"; en *La costruzione del partito comunista (1923-1926)*, Turín, Einaudi, 1971, p. 122. Sobre los recaudos a que obliga la utilización de esta categoría de "capitalismo periférico" véase las utilísimas consideraciones hechas por Juan Carlos Portantiero en *Los usos de Gramsci* (México, DF: Folios Ediciones, 1981, pp. 123-132). Refiriéndose a los países latinoamericanos arriba mencionados, Portantiero destaca que más allá de los rasgos comunes que los aproximan a esas naciones europeas periféricas y de tardía maduración capitalista, en los primeros aparecen con mayor claridad que en las segundas el papel excepcional desempeñado por el Estado y la política en la construcción de la sociedad. Aunque se trata de un estado —aclara— "que si bien intenta constituir la comunidad nacional no alcanza los grados de autonomía y soberanía de los modelos bismarckianos o bonapartistas" (*op. cit.*, p. 127).

no representaban en realidad sino transfiguraciones ideológicas de propuestas políticas modernizantes. La dilucidación del carácter histórico de las sociedades latinoamericanas, como señala agudamente Chiaramonte, constituirá "una suerte de preámbulo de análisis del problema de su transformación"³; en el fondo, y no siempre claramente explicitado, era el aspecto teórico del abordaje de un problema de naturaleza esencialmente política. No interesaba tanto la realidad efectiva como la estrategia a implementar para modificarla en un sentido previamente establecido.

Fuentes y modelos

Prácticamente desde el inicio de la vida independiente de sus naciones, la especificidad latinoamericana fue definida por los historiadores y políticos de la región —funciones ambas que no por casualidad fueron cumplidas en buena parte y hasta avanzado el siglo XX por los mismos individuos— en forma negativa, como una herencia colonial a superar. Y esto explica que la investigación se orientara fundamentalmente a explicar las razones de las desviaciones con respecto a un patrón de normalidad idealizado y que encontró en la historia distintos sitios de representación. Aunque Inglaterra y Francia fueron en las primeras épocas los ejemplos paradigmáticos, acabaron siendo los EEUU el espejo en el que las jóvenes repúblicas latinoamericanas desearon reflejarse. Y esto por el hecho de que esa gran nación "americana" graficaba de manera incontrovertible cómo una

3 José Carlos Chiaramonte: "El problema del tipo histórico de sociedad: crítica de sus supuestos"; en *Historia y sociedad*, segunda época, núm. 5, 1975, p. 109. Es ese condicionante político el que explica su constante reinteracción de la historia, en la medida en que su dilucidación era considerada como un prerrequisito para decidir el tipo de transformaciones a encarar en el presente. Sin embargo, este condicionante político que en los historiadores de fines de siglo aparece claramente explicitado se obnubila por completo con la introducción de una perspectiva marxista. La aplicación inadecuada de los criterios metodológicos del pensamiento marxista a un objeto histórico cuya naturaleza intrínseca era apriorísticamente equiparada a la que permitió su elaboración y sus aplicaciones relevantes conducía necesariamente a un error "que condicionó toda la historia de este problema y lo convirtió en un gran equívoco" (*op. cit.*, p. 111).

diversidad de origen podía conducir a un país americano a una diversidad de destino. Y aunque la reacción modernista cuestiona a comienzos de siglo el materialismo utilitario y maquinizado que pervertía la democracia tocquevilliana, no lo hacía para descalificar el ejemplo, sino para asignar a la herencia cultural grecolatina y cristiana de América Latina la función de completarlo en una síntesis ideal confiada a los resultados del progreso evolutivo.

La ruptura del orden colonial fragmentó el vasto patrimonio de la historia cultural de nuestros pueblos haciendo emerger la pregunta por una identidad que no aparecía claramente inscrita en la lógica de hechos totalmente nuevos, contradictorios y, las más de las veces, desalentadores. El debate en pro o en contra de Europa no podía dejar de fundarse en proyectos o exigencias que encontraban su referente en la propia historia europea. Y si las corrientes liberales y democráticas propugnaban transformaciones que permitieran la conquista de la civilización, del progreso y de la libertad que visualizaban en las naciones capitalistas modernas, aquellas otras corrientes de raíz conservadora pugnaban por el mantenimiento o la reconquista de estructuras económico-sociales y de poder alejadas del materialismo, de la ausencia de solidaridad, de proletarianización de las masas y de perversión de la vida humana, de desorden social y revoluciones, de la aparición de fenómenos aterrorizadores bajo las formas de socialismo, comunismo, anarquismo, ateísmo y nihilismo, que descubrían en aquellas mismas naciones y que veían insinuarse en sus propios países. Si para los primeros debía ser tomado como ejemplo el nuevo orden social iniciado en Europa con la revolución francesa, y al que el terror provocado por la revolución de 1848 frenó en sus impulsos más radicales y democráticos sin anular sus tendencias liberales moderadas, para los segundos, en cambio, la adopción de formas políticas que remedaban el absolutismo y que se alimentaban de ideologías fuertemente conservadoras y autoritarias podía constituir el único dique de contención para la marea jacobina que amenazaba destruir al mundo. La discusión, por tanto, no versaba sobre el apoyo o el rechazo de Europa, sino sobre cuál época de su historia podía servir de fuente de inspiración y de modelo a seguir.

Alcance de la lucha palestina

Julio Sau

La invasión sionista al Líbano y el sitio de Beirut han colocado el problema palestino en el centro de la atención mundial. No obstante, la lucha de este pueblo por su territorio y su autodeterminación política cuenta ya con un rico historial de más de medio siglo de duración.

No es ésta la primera agresión que el Estado de Israel desata en contra de un país árabe, ni es tampoco la primera vez que su objetivo principal es la liquidación de la resistencia palestina. Pero en esta ocasión han aparecido con singular nitidez dos características que habían permanecido semiocultas en las guerras israelí-árabes del pasado y que estimamos necesario destacar. Se trata, por una parte, del carácter funcional de la agresión sionista para la estrategia imperialista mundial y, por otra, del predominio de los intereses de clase sobre los nacionales en la política de los Estados árabes hacia el conflicto.

Conocidas y numerosas son las evidencias de que la invasión israelí al Líbano fue planeada conjuntamente por los gobiernos de Reagan y Begin y ejecutada por el régimen sionista con el apoyo militar y la cobertura político-diplomática de la Casa Blanca. Es claro que para adoptar su decisión, ambos socios en la aventura genocida analizaron minuciosamente el debilitamiento de la unidad árabe como consecuencia de la guerra entre Irán e Irak y de la política proestadunidense asumida por los gobiernos árabes reaccionarios en los últimos tiempos, lo que hacía utópica la posibilidad que se utilizara el arma del petróleo. Había llegado el momento, pues, para la conformación de un nuevo orden político regional en Oriente Medio, más favorable a la estrategia global del imperialismo estadounidense.

Para lograr su objetivo principal, el eje Washington-Tel Aviv necesitaba liquidar el problema palestino, convertido en un enemigo real de sus planes agresivos y en un enemigo potencial, a mediano plazo, de los regímenes árabes de naturaleza feudal. Conscientes de que la Organización de Liberación para Palestina (OLP) es la vanguardia política de las masas palestinas y el

germen de un futuro Estado, tomaron la decisión de aniquilar, prioritariamente, a la dirección de la OLP con sede en Líbano, a sus bases militares en el país y proporcionar un fuerte golpe a las fuerzas progresistas libanesas. La masacre de las poblaciones civiles libanesas y palestinas residentes en Líbano era un riesgo calculado y necesario en esta lógica imperialista-sionista, dada la profunda raigambre popular de la OLP y la izquierda libanesa.

Planificada como una operación militar en gran escala, la invasión israelí al país vecino previó también la virtual impasibilidad de la mayoría de los Estados árabes ante la agresión. En esta acertada previsión jugó un papel fundamental la convicción de los gobernantes estadounidenses e israelíes de que la revolución palestina se había transformado en un catalizador de la lucha de clases en todo el mundo árabe y, por lo tanto, jugaba un papel destabilizador de los gobiernos reaccionarios del área. Ello había ocurrido así a pesar de que la OLP, tras algunas experiencias de alto costo político y militar, había definido a Israel como su enemigo principal y la constitución de un Estado laico y democrático como su objetivo estratégico. A pesar de ello, como en el caso de Nicaragua en Centroamérica, la lucha revolucionaria del pueblo palestino y la consecuencia de sus dirigentes elevaron substancialmente el nivel de conciencia de las masas árabes respecto de su propia situación. Se trataba, pues, de un peligroso germen revolucionario que extirpar.

Lo que no pudieron prever los estrategas de la invasión fue la capacidad de quienes luchan por la liberación de su pueblo, la reacción de las fuerzas progresistas y revolucionarias de todo el mundo y el peso de la memoria histórica de todos los pueblos, que no olvidan Auschwitz, Dachau ni Vietnam. El eventual "triunfo" militar de este nuevo Eje Washington-Tel Aviv está llamado a convertirse, de este modo, en una gigantesca derrota política y moral, y en un triunfo de las fuerzas que luchan por la liberación nacional y por el socialismo. ❧

Parte de la historia

Colocados en esta perspectiva, la historia del marxismo en América Latina puede ser analizada como formando parte de la historia de las diversas formulaciones teóricas y resoluciones prácticas que sucesivamente el pensamiento latinoamericano fue dando a este problema. Hecho que, bien mirado, constituye una demostración de cómo aun en sus momentos de mayor exterioridad el marxismo fue parte de nuestra realidad, aunque mostrara una evidente incapacidad para descifrarla en su conjunto y para convertirse —como postulaba Engels— en una expresión “originaria” de ella. Su suerte fue en buena parte la suerte corrida por todo el pensamiento latinoamericano, por lo que hablar como aún hoy se hace de su insuperable limitación “europeísta”, pretendiendo de tal modo contraponerlo a otras corrientes de pensamiento no sé por qué razones exentas de tal estigma, no es sino una forma extravagante y caprichosa de desconocer que el pensamiento europeo fue en América Latina un presupuesto universal por todos reconocido para sistematizar de una manera racional cualquier tipo de reflexión sobre su naturaleza y sus características definitorias. Y fue esta sin duda la razón que impulsó a una de las inteligencias más advertidas del problema a enfatizar, en la advertencia de un libro que signó una nueva estación del marxismo latinoamericano, que “no hay salvación para Indo-América sin la ciencia y el pensamiento europeos u occidentales”.⁴

A partir de este reconocimiento es posible sostener que el camino recorrido por el marxismo en América Latina, desde el carácter preferentemente difusivo que como es lógico tuvo en sus inicios, hasta las tentativas de recomposición de sus formas teóricas y de sus propuestas prácticas ensayadas a fines de los años veinte —cuando el debate entre José Carlos Mariátegui (1894-1930) y Víctor Raúl Haya de la Torre (1895-1979), hizo emerger por vez primera con rasgos diferenciados y logró describir en sus formas generales los problemas de la transformación que en estado práctico la revolución mexicana venía planteando desde 1910— debe ser visto no tanto como un resultado *necesario* de las dificultades insuperables de una ideología con-

génitamente inadecuada para pensar una realidad excéntrica, sino como el indicador de las limitaciones prácticas, y como consecuencia también teóricas, de ese movimiento real representado por las clases trabajadoras en proceso de constitución desde fines de siglo.

Dos historias paralelas

La herencia histórica del movimiento obrero, no importa cuál sea la orientación ideológica que finalmente predomine en él, es siempre la expresión compleja y contradictoria de las distintas fases de una lucha de clases que opera en el interior del tejido histórico en el que la clase obrera se constituye

España: victoria del PSOE

El amplio triunfo electoral del PSOE en España abrió las puertas a la designación como jefe de gobierno de su principal dirigente, Felipe González. En 1979, cuando el joven abogado socialista marchaba ya ascendentemente hacia su victoria de hoy, respondió así a preguntas de nuestra colaboradora Ximena Ortúzar:

— *¿Qué esperas para España?*

— Que la mayoría del pueblo encuentre el camino de la profundización permanente de la democracia. Nos liberamos de la dictadura, pero no hemos logrado una democracia auténtica. Y profundizar la democracia, a mi juicio, es encontrar fórmulas de participación en todos los terrenos: político, social, económico, cultural. . . y esa participación debe ser cada día mayor. No hay un camino. Hay muchos caminos. Estoy harto de los dogmas, de las recetas de cocina ¡Basta ya! El camino se busca y se perfecciona. Eso quiero para España y a ese empeño dedico todas las fuerzas de mis anacrónicos 37 años.

— *¿Ese proyecto incluye el socialismo?*

— ¡Obviamente! Democracia y socialismo son dos términos absolutamente ligados. No hay democracia sin socialismo. Quiero el socialismo para España. . . y para el mundo.”

Entreviú en lucha, México DF, 25 de abril de 1979.

como tal, crece y se auto-organiza. En cuanto forma teórica de este movimiento real, las limitaciones e incapacidades del marxismo para abrirse paso en el interior de esta nueva realidad remiten a dos campos de problemas que en América Latina fueron abordados y resueltos en la teoría y en la práctica de modo tal que el resultado no fue, en modo alguno, el previsto. La visión tan cara a ciertas corrientes marxistas de una determinación “socialista” de la clase obrera fue contradicha por una realidad que, como tal, no podía dejar de cuestionar los presupuestos sobre los que dicha visión se fundaba. Si socialismo y movimiento obrero son aun hoy en Europa dos aspectos de una misma realidad —por más contradictorias y nacionalmente diferenciadas que se evidencien sus relaciones—, en América Latina constituyen dos historias paralelas que en contadas ocasiones se identificaron y que en la mayoría de los casos se mantuvieron ajenas y hasta opuestas entre sí. Ni la historia del socialismo latinoamericano resume la historia del movimiento obrero, ni la de éste encuentra plena expresión en aquélla.

Esos dos campos problemáticos a los que hicimos mención se refieren en esencia a la *forma teórica* en que el marxismo se introdujo y difundió en América Latina, y a la morfología concreta y diferenciada que tuvo en nuestra región el proceso de constitución de un proletariado “moderno”. En nuestra opinión, es el segundo campo de problemas el más importante y hasta cierto punto el decisivo, puesto que fija las condiciones y modalidades de los niveles globales de la lucha de clases y por tanto la forma de la teoría. Y no podemos dejar de recordar que es precisamente aquí donde el marxismo latinoamericano mostró una notable incapacidad analítica, de modo tal que en vez de representar las formas teóricas del proceso de construcción política de un movimiento social transformador fue, en realidad, más un reflejo del movimiento o una filosofía de un modelo alternativo. Sin embargo, en el presente trabajo nos proponemos analizar el primero de los problemas, referido a la forma teórica del marxismo latinoamericano. ❧

⁴ José Carlos Mariátegui: *7 Ensayos de interpretación de la realidad peruana*; en *Obras completas*, vol. 2, Lima, Biblioteca Amauta, 1977, p. 12.